

**CRONICA DE SUBIDA AL ANIE/ AUÑAMENDI,  
5 de Octubre de 2013.**

**CLUB DE ESQUI y MONTAÑA DEL REAL E ILUSTRE COLEGIO  
DE ABOGADOS DE ZARAGOZA**

Los incondicionales, y los que esta vez superamos las trampas de la agenda y de la comodidad de sillón, nos juntamos la noche del viernes 4 de octubre en una acogedora pizzería del casco viejo de Jaca, para entre cervezas y lasaña, ir quitándonos la presión del día a día zaragozano, y empezar a degustar el sabor de la montaña y la amistad.

Después de dormir deprisa, el punto de encuentro era el ya mítico bar universo de *Canfranc*. Los que habíamos dormido en el valle esperamos entre bostezos, cafés con leches, ajustes de botas y vistazos a los planos, a los que más rezagados y madrugadores llegaban desde Zaragoza u otras localidades, entre las que recuerdo *Sádaba*.

La vocación transfronteriza del club hizo que una vez más el reto estuviera fuera de Aragón; hay que ir poco a poco barriendo el mapa de los pirineos, y esta vez tocaba la zona fronteriza entre Navarra y Francia, y en concreto el monte *Anie*, o *Auñamendi*, que aunque muy conocido, todavía no había recibido la visita de este animado grupo de letrados aragoneses, ya cuasi profesionales de la montaña.

El punto de arranque fue un verde prado situado poco después de la localidad francesa de *Lescún*, allí nos animó tanto un sol que empezaba a calentar, aunque desgraciadamente nos dejó al poco tiempo, como un amistoso grupo de caballos percherones, con grande crines rubias, a los que casi contratamos para que nos portearan las cantimploras y fiambreras.

Nos esperaba un tiempo incierto, 2.507 metros de altura, y algo más de 1.100 de desnivel, aunque sin dificultades técnicas aparentes. Nada que asustara, pero sí que generaba respeto, sobre todo para los que, como este aficionado de cronista, somos menos habituales de los compromisos con la montaña. Pronto todavía algunos nos quedamos aún más en evidencia, cuando tres de los nuestros, el jefe Domingo, el joven Guillermo y Miguel Ángel, decidieron que aquello les parecía poco, y que tenían que afrontar ese reto a paso ligero.

El resto hasta llegar a un total de cerca de veinte compañeros, nada más pasar el refugio de *Aberouat*, comenzamos a andar al modo tradicional de los montañeros, empezando con un sube y baja por el frondoso bosque de *Lagrove*, donde todos íbamos haciendo la goma, hablando animadamente como si la cosa fuera a ser poco más que un paseo hacia el Corte Inglés. El bosque nos dejó en una zona de prados todavía pastoriles, que en poco más de una hora en total nos llevó a la cabaña de *Ardinet*, donde un cartel anunciaba la venta de “fromages” de la tierra, que no tuvimos el gusto de ver en la realidad, y donde ya se atisbaba el paisaje rocoso que nos esperaba.

Después de una muy breve parada en la cabaña donde el queso al fin no se hizo presente, volvimos al camino, ahora ya sí, inmisericordemente empinado. Todavía unos pocos más prados y riachuelos, y luego, mientras la niebla se nos echaba encima de modo preocupante, iniciamos el camino por la gran falda rocosa del gigante en forma de aguja, al que nos proponíamos vencer.

Los últimas briznas de hierbas dejaron paso a un mar cárstico lleno de rocas, agujeros y cráteres, que fuimos sorteando con mucho cuidado, aunque gracias a Dios sin gran dificultad, para así ir aproximándonos a las paredes que nos llevarían a la parte final del pico. Entonces nos preguntábamos en qué momento nos encontraríamos - ya bajando - a nuestros compañeros escapados.

Las paredes que nos llevaban a la cima, aunque lógicamente se iban haciendo más inclinadas, y nos obligaban a pasos más cortos y concienzudos, no presentaron más dificultad que un par de chimeneas, tampoco muy tramposas, y al final de la segunda de ellas, nos encontramos con nuestros adelantados compañeros, que haciendo una vez más alarde de generosidad y energía, no tuvieron problema en volver a acompañarnos en los últimos veinte minutos de subida, que para algunos, menos en forma, se estiraron en otros diez o quince, y en los consiguientes resoplidos adicionales.

Pero allí estábamos, el mítico *Anie - Auñamendi*, la montaña sagrada de la mitología Navarra y Vasca, estaba a nuestros pies, y aunque la niebla nos jugó una mala pasada, y nos impidió contemplar las magníficas vistas - merecido premio a quien hace el esfuerzo de coronar- , la satisfacción de haber hecho otra muesca -y esta vez de las clásicas - en la culata de nuestras botas, nos compensaba; y eso amen del plato de huevos fritos con patatas y algo más, y el porrón de cerveza, que

vendría después, y en el que todos pensábamos, y nadie se atrevía a mencionar todavía, por mor de no romper el hechizo.

Pero amigos!!!!, la montaña tiene estas cosas: coronar es sólo la mitad del esfuerzo, luego queda la bajada, siempre más tediosa, incómoda y aburrida. Como alguien comentó; “*en la montaña las subidas son eternas y las bajadas infinitas*”. Además para colmo de males, la lluvia, que iba y venía inicialmente, por fin se quedó con nosotros; tenue pero pertinaz, y menos mal, que el bosque final nos la tapo, a la vez que nos regalaba un paisaje de extremado verdor, en el que algunos nos detuvimos para hacer alguna foto final.

Y por fin!!!: los coches, y por fin!!!: ropa y calzado seco, y por fin!!!, unas jarritas de cerveza helada, y por fin!!!: Huevos Fritos, con Jamón, Longaniza, Bacon o Chistorra. Y en ese momento se saborea la excursión, se disfruta de la amistad, de la unión, se planifican nuevas metas. Luego con las agujetas y la satisfacción, las últimas conversaciones en el coche de vuelta, y llegada a casa donde una ducha caliente, y un sueño reparador, nos hará soñar que vencimos al *Auñamendi*, y a *Basajaun* - señor de los montes de la mitología vasca -, que está vez no salió a nuestro encuentro, y al que habrá que volver a retar.

**Fernando Lostao Crespo.  
Club de Esquí y Montaña.  
Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza.**